

Ciudades y Culturas en Iberoamérica

Santiago Trujillo Escobar



Fotografía de los participantes en el Encuentro “Ciudades y culturas en Iberoamérica. Conversaciones desde Bogotá” en el Teatro Jorge Eliécer Gaitán de Bogotá.

Discurso de Santiago Trujillo Escobar, secretario de Cultura, Recreación y Deporte de Bogotá en el Encuentro “Ciudades y Cultura en Iberoamérica” (Teatro Jorge Eliécer Gaitán, 18 de septiembre de 2025) celebrado en Bogotá del 18 al 21 de septiembre de 2025¹.

Hoy nos convoca un propósito. Y el anhelo de quienes creemos que desde la cultura se pueden transformar realidades. Queridos líderes, lideresas, amigos, pensadores y hacedores de la cultura. Sean bienvenidas y bienvenidos a Bogotá, una ciudad que, como muchas otras, se construye entre tensiones, entre sueños por realizar, entre heridas aún por cerrar. Y justamente por eso, porque no ha dejado de hacerse preguntas –incómodas, profundas, necesarias– es

Bogotá la ciudad idónea para abrir hoy esta conversación. Porque si algo necesita nuestra región hoy más que nunca, es conversar.

La democracia es el arte de lo posible. Pero también lo es del disenso, de la palabra que incomoda y revela. Somos muchos quienes hemos pensado en que las crisis que atraviesan nuestras democracias no son solamente políticas, económicas o institucionales. Son, ante todo, crisis que tienen profundas raíces en la cultura.

Durante décadas hemos abrazado la idea de que la cultura tiene el poder de transformarlo todo. Esta idea, repetida una y otra vez como lema inspirador, ha servido para justificar políticas, programas e incentivos. Sin embargo, esa fe casi ciega en su potencial es la que nos impide darnos cuenta de que la cultura no es una fuerza omnisciente y todopoderosa, y que a veces encuentra detractores que la niegan, combaten o manipulan. Creer que la cultura es infalible no solo puede

1 Con la participación de más de 2.000 asistentes y 300 liderazgos culturales de 83 ciudades y 22 países. Más información: <https://iberoamericaenbogota.scrd.gov.co/>



De izquierda a derecha, los ponentes centrales de la primera jornada del Encuentro: Santiago Trujillo, secretario de Cultura de la Alcaldía de Bogotá; María de los Ángeles “Chiqui” González, gestora cultural argentina y referente de políticas culturales en Iberoamérica, y Juan Gabriel Vásquez, escritor y periodista colombiano.

resultar ingenuo sino contraproducente, porque la cultura no está al margen del conflicto, del poder o la exclusión. Idealizarla es desconocer su complejidad y sus límites.

Quizás todo esto ocurre porque, en el fondo, no hemos sido capaces de hacernos preguntas. Más preguntas, nuevas preguntas, preguntas que nos fijen nuevos rumbos.

¿Y qué significa una pregunta?

Tal vez signifique incomodar al poder, quizás cuestionar nuestras propias certezas, quizás desmontar los discursos establecidos, quizás poner en duda lo que damos por hecho. Preguntar es, en esencia, un acto de libertad.

Quizás la cultura no pueda transformarlo todo, pero sí puede ser el espacio donde se gesta la incomodidad necesaria para imaginar lo que aún no existe.

Quizás el futuro no dependa tanto de las respuestas, sino de nuestra capacidad de seguir preguntando.

Vivimos –como lo advirtió el filósofo Timothy Snyder– tiempos peligrosos, donde “la política de la eternidad reemplaza a la política de la responsabilidad”, y donde el que se atreve a pensar diferente es rápidamente clasificado como traidor, hereje o enemigo interno. Hoy vemos cómo el extremismo se alimenta del miedo, y el miedo, a su vez, silencia la diferencia. Nos están empujando a una guerra simbólica, cultural, donde las palabras son armas y las redes sociales trincheras.

No podemos olvidar que así haya quienes intenten convencernos de lo contrario, las palabras son y seguirán siendo memoria, son resistencia y son lucha. Son encuentro y esperanza. Las palabras son futuro.

Los fanatismos y los odios nos han vuelto seres radicales. Radicales no por la profundidad de nuestras ideas, sino por la violencia con que rechazamos las de los demás. Cuando somos indiferentes frente al otro diverso, cuando no habitamos su diferencia, es cuando lo señalamos, lo cen-



Interior y exterior del Teatro Jorge Eliécer Gaitán de Bogotá sede de la primera jornada del Encuentro.

suramos, e incluso, deseamos silenciarlo. Y lo que es aún más grave: hay quienes avalan –abiertamente o en silencio– su aniquilación.

En ese clima de silencios impuestos, exclusiones normalizadas y discursos polarizantes, estamos siendo testigos –otra vez– del asesinato impune de millones. Lo fuimos durante décadas de dictaduras y conflictos armados en este continente y en las regiones más profundas de Colombia. Y lo fuimos también durante el genocidio de los pueblos originarios tras la colonización de América. Lo fuimos en Guatemala, a comienzos de los ochentas, con el genocidio del pueblo maya Ixil, reconocido por las Naciones Unidas. Lo fuimos en El Salvador, por esos mismos años, con la masacre de El Mozote, donde casi mil personas –en su mayoría mujeres y niños– fueron asesinadas impunemente. Lo fuimos en México, en Acteal, donde un grupo de indígenas tzotziles fue masacrado en diciembre de 1997 mientras oraba en una iglesia. Lo fuimos aquí, en

Colombia, a inicios del 2.000, cuando más de 60 personas fueron torturadas y asesinadas por paramilitares en El Salado; y en Bojayá, en 2002, donde 79 civiles murieron calcinados dentro de una iglesia bombardeada por las FARC. Lo fuimos también cuando miles de jóvenes en Colombia y otros países cayeron víctimas del terrorismo de Estado.

Lo somos hoy, mientras observamos en tiempo real, y bajo la distorsión de discursos delirantes, redes sociales manipuladas y noticias falsas, el exterminio sistemático del pueblo palestino. Se trata de una hecatombe humana, social y política marcada por el hambre, la muerte y la impunidad. Y frente a ella, no cabe el silencio ni la neutralidad. Hoy, más que nunca, estamos llamados a gritar, denunciar y resistir, con toda la fuerza ética y política de nuestras convicciones:

¡No más guerras, no más genocidios, no más terrorismos! Ni en Gaza, ni en Ucrania, ni en América Latina, ni en ningún lugar del mundo.

Ahora bien: frente a las derivas autoritarias que soplan por Iberoamérica, frente a la tentación populista que visita algunos de nuestros países, el valor profundo de nuestras democracias no puede convertirse en mera nostalgia, en una simple expectativa de algún futuro que ya no fue. En esta coyuntura, la cultura es, entre tantas cosas, esa tensión a veces disruptiva, a veces fundamentada en su propia tradición, de vencer esas formas de poder que buscan perpetuar el peligro de una única historia, de un único relato. Por eso es tan transformador hablar del poder que hay en cada una de los liderazgos, visiones, pensamientos y sentires que hoy nos acompañan. Y por eso quiero darles, una vez más, una afectuosa bienvenida... ¡Muchas gracias por estar aquí!

No hay estrategia más retardadora frente al poder de los relatos únicos, que la potencia de la diversidad, de las muchas historias posibles. Un encuentro cultural siempre será esa bella polifonía donde el contrapunto de distintas voces compone la obra maestra que da cuenta de un momento de nuestra realidad común. Eso es Iberoamérica: un tejido de voces contrapuestas que conforman una partitura memorable de músicas sincopadas, dramaturgias resilientes, coreografías bifurcadas, gastronomías mágicas, filosofías ancestrales y mitologías que trazan nuevos futuros. José Eustasio Rivera desentrañó la profundidad misteriosa de la selva para convertirla en un espejo del alma humana; Pablo Neruda descifró con versos la clave secreta del amor; Caetano Veloso ha cantado todo lo que un padre puede enseñarle a un hijo; Lucrecia Martel, con una sola de sus películas, nos hizo aprender y desaprender lo que somos; y Sor Juana Inés de la Cruz fue, quizás, la primera pensadora

decolonial antes de que alguien siquiera nombrara esa palabra.

Y es aquí donde quisiera hacer una pausa. Porque antes de hablar de políticas culturales en Iberoamérica, quiero hablar de una herida que nos duele en lo más profundo: ¿qué pierde la cultura cuando asesinan a una lideresa o a un líder político, social o cultural? ¿Qué se extingue cuando se masacra a una población entera? ¿Qué se va con ellos?

No son solo vidas las que se pierden. Es una biblioteca entera la que se incendia. Una canción que no se escribió. Una lengua que no pudo reinventarse. Una coreografía que nunca brilló sobre el escenario. Un relato comunitario que fue arrancado del tejido colectivo.

¿Cómo podemos entonces lograr acuerdos en medio de tanta polarización si renunciamos a la conversación y al poder de las preguntas?

Más allá de unos cuantos discursos (que los habrá y este es uno), este Encuentro es sobre todo una conversación en muchos niveles y direcciones. Una conversación que no solo nos ponga en clave de denuncia o de proclama militante, que, por supuesto puede y debe haberlas, sino también un espacio para pasar de la resistencia a la incidencia. Porque si algo está claro, es que esta sociedad nos necesita optimistas, incidentes, visionarios, mirando de frente y sin resentimientos los problemas que nos aquejan.

Quisiera ahora avanzar hacia un conjunto de ideas que hemos venido construyendo con el sector cultural de Bogotá y que este Encuentro puede ayudarnos a proyectar.

Primero: ¿qué significa realmente decir que la cultura es un bien público?

No basta con defender los derechos culturales. Hay que ir más allá: hacia la dimensión cultural de todos los derechos



El primer día del Encuentro fue una jornada abierta al público diseñada para generar reflexiones sobre la relación entre cultura y ciudades en Iberoamérica a través de diversas metodologías de conversación.

humanos, tal como propone Daniel Granados. Cuando hablamos de la cultura como bien público estamos diciendo que no debe depender de los vaivenes del mercado, ni de los caprichos del poder.

Pero seamos francos: ¿qué tan pública es la cultura hoy? ¿Qué tanto hemos cerrado las puertas, aún sin querer, a quienes no dominan el lenguaje de los festivales, las bienales y las curadurías? ¿Qué tanto hemos contribuido, incluso desde las instituciones, a una cultura elitista, desconectada, encerrada en sí misma? ¿O, peor aún, a una cultura administrada como si fuera una cadena de favores clientelares, donde los recursos se reparten cual contentillo y sin visión de largo plazo, más para atender urgencias que para construir procesos sostenibles?

Hoy la mirada cultural debe volver a la vivencia de lo cotidiano. Es necesario derribar los muros de las jergas herméticas que nos alejan de quienes quieren sentir el arte como algo más orgánico, cercano y afectivo. Hablar con claridad,

ser sencillos en nuestras formas de decir y de hacer, no es ser simplistas ni vacíos; es, más bien, un acto de empatía profunda con las esperanzas y los anhelos de la gente. Ser exigentes no puede ni debe significar ser excluyentes.

Por eso, es momento de regresar al barrio, de volver a la trashumancia cultural, a esa cruzada inspiradora de tocar puertas, de invitar desde el afecto a que la cultura forme parte real y cotidiana de la vida de las personas. Esa cultura que canta, actúa, pinta, dramatiza y que programa el vecino, la artista local, el líder comunitario.

Barrios Vivos es justamente eso: una estrategia en red que nos ha permitido soñar en colectivo con las comunidades, co-crear con ellas y, en ese proceso, reconstruir confianzas que se habían perdido. Barrios Vivos pone en valor a las dinámicas culturales del barrio con otros procesos sociales para potenciar oportunidades más allá de las artes y la cultura o para construir soluciones colectivas. Un

campeonato de fútbol de niñas y niños en la localidad de Kennedy en donde los puntos suman libros leídos, partidos ganados y crónicas escritas y que terminó con un libro-álbum mundialista con los rostros y escritos de cientos de niños que ahora, además de la pasión por el fútbol, se apasionan también por la lectura y la escritura; o el niño que envía una carta de agradecimiento a sus compañeros porque uno de los laboratorios de Estar Bien Bogotá –que cruzan de forma inspiradora la cultura con la salud mental– le permitió, después de haber intentado quitarse la vida, imaginar un horizonte posible.

Estas son algunas de las más de 157 experiencias que hemos sembrado en estos dos años en Barrios Vivos. Porque si la cultura quiere ser un bien público, debe gestionarse, hacerse y vivirse en y desde los territorios, no solo planearse desde los escritorios. ¡Hay que pasar del escritorio al territorio!

Y a propósito de nuestras ciudades iberoamericanas, no sobra repetir que la diversidad y la singularidad de lo cultural están ancladas al territorio, pues este se configura en tanto se expresa. El territorio es una especie de geografía, de trazo vital en el espacio a través de una polifonía de cuerpos, gestos, sonidos y colores. Por eso nuestras ciudades son un crisol de miradas y de vitalidades muy complejas. Habitar esas diversidades es habitar el territorio físico y virtual que hoy erige y define nuestras ciudades.

Ya no basta con hablar de inteligencia artificial, una senda que debemos transitar con responsabilidad y sin perder de vista una forma de inteligencia que, a mi modo de ver, será siempre más poderosa: la inteligencia colectiva. Esa que nos ha salvado de guerras, que ha trazado caminos hacia la justicia social, que ha

sostenido –aunque de forma frágil– los ideales de democracia, equidad simbólica y civilización.

Pensamiento colectivo para la acción colectiva. Esa es una de las premisas que nos inspira en Bogotá. Y es también la razón por la cual abrimos hoy este espacio de afecto y conversación.

La artista y curadora brasileña Mônica Hoff nos habla de aprender y desaprender. Desaprender gestos, lenguajes, miradas colonizadas, reduccionismos binarios. Desaprender esa lengua que se nos impuso como control, y reaprenderla como un territorio para fundar acuerdos desde esa inteligencia colectiva, para errar juntos, para dudar con otros.

Pero –y esto lo digo con cierto malestar– también hemos ido demasiado lejos en nuestro empeño por desaprender. Durante más de veinte años, nos dedicamos en Latinoamérica a desaprenderlo todo: el Estado, la escuela, la crítica, las universidades, las instituciones, la gestión pública. Y lo que vino después no fue la liberación, sino la precarización, los extremismos.

Porque hay en nuestra región liderazgos que dismantelan de un plumazo instituciones culturales que se forjaron durante años. Porque se apela a la supuesta ineficacia del Estado para entregarle la cultura a la mediocridad de una burocracia que solo busca likes y aprobación en las redes sociales. Eso no es desaprender, queridos amigos: eso es desertar.

Cierto es que esas instituciones no son perfectas, que tienen falencias y taras que debemos desaprender y enmendar, pero no desde los extremismos que cierran ministerios o dejan a las universidades sin estudiantes y a las agendas sociales sin presupuesto. Hoy que la verdad se desvanece y la democracia significa poco para



La segunda jornada del Encuentro en el Centro Felicidad Chapinero fue una encerrona de creación colectiva para pensar y actuar en las ciudades desde la cultura. En la mañana, una conversación plenaria abrió el diálogo y, en la tarde, los participantes se reunieron en mesas de diálogo para la conformación de una red de trabajo iberoamericana, orientada a abordar, desde personas y ciudades, los retos comunes que atraviesan la región.

muchos de nuestros jóvenes, es cuando nos damos cuenta de su importancia medular; de que tal vez la mejor revolución es transformar desde adentro y con cuidado protector las estructuras simbólicas que con tanto esfuerzo hemos podido levantar.

Y es precisamente desde esta convicción que debemos recordar lo que la cultura iberoamericana le ha entregado al mundo: una belleza forjada en la complejidad, una imaginación capaz de abrir caminos incluso en medio del dolor. Somos una región que ha hecho del lenguaje una forma de resistencia y del arte un refugio colectivo. Nos leen, nos escuchan, nos miran con respeto y asombro, porque hemos sabido transformar la adversidad en expresión viva.

En tiempos de desplazamientos y migraciones masivas, de incendios continentales y movilizaciones planetarias, la gestión cultural asume un rol clave en el agenciamiento de un cambio obligatorio y estructural que antes que económico o

político puede y debe ser cultural. Perdemos a veces mucho tiempo intentando resolver falsos dilemas sobre el color de la cultura, dilemas más cercanos al cliché o al coaching publicitario y que traen el riesgo de que el debate cultural quede capturado por eslóganes vacíos y por la incapacidad de quienes simplemente no entienden su jerga y se abstienen de participar en él.

La premisa esperanzadora que la Unesco hacía en los años ochenta sobre la condición transversal de la acción cultural en la gestión de los Estados ha devenido en muchos lugares, y casi sin darnos cuenta, en modelos corporativistas neoconservadores de la gestión de los activos culturales de las naciones. El multiculturalismo no es una transacción simbólica que pueda monetizarse, es más bien la razón que hace posible, aun en medio de la radicalización de las relaciones de poder de las sociedades actuales, mantener vivo el

ideal de una democracia cultural. Porque más que democratizar la cultura, lo que estamos pensando quienes convocamos este encuentro es cómo hacemos de la democracia una experiencia cultural que pueda trascender, más allá del derecho de ir cada cuatro o seis años a las urnas.

Por eso en Bogotá hemos acuñado la noción de justicia cultural y asumimos, con gran esfuerzo, el reto de recibir en la última década a cerca de 377.000 víctimas del conflicto y a más de 70.000 excombatientes de guerrillas y paramilitarismos de nuestras guerras que aún no terminan, quienes en medio del recrudecimiento de las violencias en las regiones de Colombia han llevado a cabo su proceso de reintegración y hoy se sienten escuchados y acompañados en una Bogotá que les garantiza sus derechos. Lo propio ha sucedido con los más de 600.000 migrantes –la mayoría venezolanos– que en estos últimos años han hecho de Bogotá su casa. La respuesta de esta ciudad, en medio de un reto tan complejo que pondría en jaque cualquier institucionalidad, ha sido generosa, resiliente y creativa y sigue siendo un enorme desafío. Esta es una marca indeleble en la historia de nuestra ciudad, y al mismo tiempo la afianza como una auténtica ventana al mundo, como una ciudad que no solo es capaz de reconocer la diversidad sino de vivirla y expresarla en sus múltiples dimensiones. Porque la cultura, queridas amigas y amigos, es eso único que nadie puede arrebatarnos.

En este mismo horizonte, el pensamiento de Víctor Vich es crucial. En su obra *Desculturizar la cultura*, nos convoca a desarmar la idea hegemónica de “la Cultura” con mayúsculas, esa que se volvió un dispositivo de control social. La gestión cultural, nos dice Vich, no puede ser una práctica técnica encerrada en sus

propios códigos. Debe ser acción política, herramienta de intervención, posibilidad de transformación real. Las ideas –concluye– siguen siendo urgentes. Pensar es actuar. Víctor, gracias por acompañarnos hoy aquí.

En esa dirección que nos planteas, estamos avanzando con el Plan de Cultura Bogotá 2038: una brújula estratégica, construida con la participación de más de 14.000 ciudadanos, y diez horizontes muy claros que, a través de más de 70 acciones concretas enfocadas en diversidad cultural, justicia territorial, economías culturales, convivencia, innovación, educación, salud, y sostenibilidad, ponen a la cultura en acción como política pública.

Los desafíos planteados en el Plan nos llevan a formular nuevas e inquietantes preguntas: ¿cómo enfrentaremos el envejecimiento de la población bogotana, cuyo mayor rango de edad estará entre los 40 y los 60 años de aquí al 2050? ¿Cómo se prepara la ciudad para afrontar los cambios en los entornos laborales y en las relaciones productivas de aquí al 2038? ¿Qué tendrá que ver la cultura con las nuevas formas de empleo? ¿En qué nos vamos a ocupar? ¿Cómo vamos a emprender? ¿Cómo cambiará el mapa de los afectos y de las maneras de relacionarnos, amistarnos, encontrarnos, enamorarnos, seducirnos y distanciarnos emocionalmente con los demás? ¿Qué papel jugará la cultura en nuestra relación con la naturaleza y frente a los retos del cambio climático?

Preguntas, preguntas y más preguntas. Preguntas para imaginar y construir futuros posibles, ciudades y ciudadanías culturales, conversaciones en y desde la diversidad de los otros, resiliencias que se adapten a los nuevos tiempos.

Y hablando de tiempo, hoy sí que lo estamos necesitando. Tiempo para pensar.



La tercera Jornada se llevó a cabo en la Universidad Jorge Tadeo Lozano y estuvo configurada como un espacio de diálogo directo entre los equipos técnicos de la Secretaría de Cultura de Bogotá y los participantes culturales internacionales y locales. Alrededor de una temática general y un estudio de caso relacionado, los participantes en el Encuentro conversaron sobre 15 temáticas de ciudad.

Para observar. Para conversar. Para prestar atención a la fuerza de los argumentos. Para encontrar nuevas alianzas, nuevos horizontes de cooperación y colaboración en este espacio común que es Iberoamérica. Tiempo que les agradezco al venir hoy aquí a escuchar este discurso.

Vivimos en un mundo acelerado, como lo explica el sociólogo Hartmut Rosa. Aceleración tecnológica, aceleración del cambio social, aceleración del ritmo de vida. Todo cambia tan rápido que no nos queda tiempo ni para saber qué es una buena vida. Dormimos menos. Amamos con prisa. Leemos en diagonal. Lloramos con emoticones.

Pero sin pausa, no hay resonancia. Y sin resonancia, no hay sentido. Rosa nos invita a recuperar un vínculo más profundo con el mundo, una forma de estar que nos permita sentir, oír, responder. Resonar.

Por su parte, María Acaso, a quien también aprovecho para saludar, nos advierte sobre otra forma de alienación: el

exceso de imágenes, la pornografía visual en la que estamos sumergidos. Vivimos bajo un bombardeo visual que anestesia, que erotiza la violencia, que trivializa la emoción. Urge, dice ella, una dieta de imágenes tóxicas. Urge también repensar la mediación cultural, no como censura, sino como curaduría ciudadana.

Recuperar nuestra soberanía visual es recuperar la mirada libre del consumo, del algoritmo, del sensacionalismo. Es volver a mirar con criterio, con emoción genuina, con humanidad. Y esa recuperación pasa por un acto profundo de conciencia: ¿a quién pertenece lo que vemos? ¿Quién decide cómo se nos representa el mundo? ¿Quién modela nuestros imaginarios?

Nuestro Nobel, Gabriel García Márquez, marcó el límite de una generación con una frase luminosa: “Soy el hijo del telegrafista de Aracataca”, dijo, justo cuando el telégrafo dejaba de tener sentido para el mundo. Hoy, en plena era de la inteligencia artificial, debemos preguntarnos:

¿quiénes vendrían siendo ahora los hijos del telegrafista? ¿Qué señales quedan por enviar cuando el lenguaje mismo parece automatizado? ¿Qué sentido tiene el arte, la palabra, la imagen, cuando todo puede ser generado, replicado, distorsionado por la dictadura del algoritmo?

Hagámonos esa pregunta. Porque allí, en esa grieta, es donde tal vez podamos volver a ver con nuestros propios ojos. Y empezar a imaginar, de nuevo, lo verdaderamente humano.

Aquí me permito una última reflexión: si bien este Encuentro reúne a representantes de gobiernos, instituciones y organizaciones de Iberoamérica, lo más urgente que tenemos entre manos no es solo la construcción de políticas culturales o la defensa de presupuestos. Lo verdaderamente crucial –y acaso lo más difícil– es preservar la conversación como acto político y como gesto radical de esperanza.

Conversar –como lo haremos con ustedes en estos días– implica disponerse a no tener siempre la razón, a no ganar

siempre con el argumento. Supone hacerle espacio al otro, incluso cuando incomoda. Significa permitir que el arte, la palabra, la música, el cuerpo o la memoria alteren nuestras certezas. Eso también es gobernar desde la cultura.

Que esta comunidad de afectos y visiones compartidas que volverá a encontrarse en el 2027, aquí en Bogotá, sea un laboratorio de creación e ideación para que nuestras ciudades iberoamericanas puedan interpelar la realidad desde la construcción de agendas comunes. Nuestro sector es potente en ideas, en modos de hacer y pensar. La creatividad se diversifica y reproduce de maneras asombrosas en nuestros territorios. Los invito a mantener abierta esta gran mesa de diálogo cultural.

Que este Encuentro no sea un evento más en la agenda de nuestras ciudades, sino una pausa necesaria, una provocación compartida y, ojalá, el inicio de nuevas alianzas, solidaridades para proteger lo que realmente importa: el derecho a imaginar y construir en común.

Muchas gracias.